



XXVII

Pregón Universitario

Semana Santa 2016



■ Francisco Javier Lozano Cantero

Sólo han pasado 4 años, 4. Y sin reunir los merecimientos de mis antecesores por su trayectoria histórica en Almería y en particular en la Cofradía, es para mí un honor disfrutar de este privilegio; honor que, sin embargo, agradezco de corazón y del que intentaré hacerme acreedor. Recuerdo con mucho cariño la confianza que me otorgasteis hace esos años al incorporarme a esta dignísima Cofradía, a la que estaré eternamente agradecido y por la que me siento una persona muy afortunada. Empezaba entonces una pequeña historia, la que sabemos el Hermano Mayor y yo. “Pasa, hay sitio” me dijo, y pasé. Me acomodé en uno de los rincones de la Casa de Hermandad y al llegar mi primer desfile comprobé que transcurre lento, como la propia vida. Y en esta aventura me acompañaron mis dos hijos, también hoy cofrades y deseosos de participar en los actos.

- *Reverenda Madre Abadesa y comunidad de este Convento Concepcionista.*
- *Ilmo. Sr. Deán de la Santa y Apostólica Iglesia Catedral de la Encarnación y Consiliario de la Hermandad de Estudiantes.*
- *Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Real, Ilustre, Concepcionista y Universitaria Hermandad de los Estudiantes.*
- *Representantes de la Agrupación de Hermandades y Cofradías.*
- *Sres. Hermanos Mayores de las distintas Hermandades que hoy nos acompañan.*
- *Hermanos cofrades.*
- *Compañeros de la Universidad*
- *Señoras y señores, hermanos todos.*





Debo comenzar por devolverle a mi presentadora en este Acto, Isabel Román, el mismo afecto y cariño que ha volcado en sus palabras. Una señora en toda la extensión de la palabra que honra el atril del Convento, como honra a la Universidad con su presencia. Mi antecesora pregonera también ha vestido el traje académico en muchas noches del Miércoles Santo y ha realizado una loa y semblanza absolutamente inmerecidas. Palabras tan amables que me ha dedicado y que son producto del cariño que nos profesamos mutuamente como compañeros y amigos, dentro y fuera del Campus Universitario. Echando la vista atrás y al escribir este Pregón, han vuelto recuerdos de momentos en los que ella ha estado indicándome el camino de la Esperanza, siempre con su eterna sonrisa. Nunca le visto ni una mala cara ni una queja, y mira que ha tenido oportunidades personales y

profesionales. Es una gracia divina disfrutar de su amistad y un alto honor para mí ser su amigo. Gracias por la presentación.



Agradecimiento que enfatizo en nuestra Hermandad al haberme elegido como pregonero este año, en especial al Hermano Mayor y al Teniente H. Mayor, que me acogieron desde el primer día como uno de los suyos y me hicieron partícipe de este proyecto común maravilloso, que ha sido, es y será orgullo de tantas generaciones. Sólo la generosidad y el cariño de los aquí presentes, compañeros y amigos con que cuento en este día, justifica que esta mañana de domingo, aún invernal, esté encargándome de una labor tan grata y bella, como de alta responsabilidad. Dejo aquí, por tanto, constancia de mi gratitud. Agradecimiento que amplió a los compañeros del Equipo de Gobierno de la UAL que hoy han tenido la deferencia de asistir a este Acto, especialmente a nuestro Rector.

La alta responsabilidad que ha transcurrido desde que se me encargó la preparación de este Pregón, representa una profunda alegría y a la vez un gran honor; aquélla noche del 18 de noviembre, cuando acepté y colgué el teléfono, no sabía cómo enfocararlo ni plasmarlo en un documento digno; sólo alcanzaba a pensar que, a buen seguro, el Cristo de la Oración en el Huerto y la Virgen de Ntra. Sra. del Amor y la Esperanza me ayudarían a redactar estas sentidas palabras. Y es que el “amor” y la “espera”, son



grandes valores religiosos e indican el presente y el futuro, lógicamente junto a los referentes del pasado, que nos deben servir de enseñanza de lo bueno y desecho de lo malo.

Cuando sólo faltan cinco días para que comience la semana de melancolía, me presento en este Convento a contaros lo que vosotros sabéis mejor que yo. Sólo habrán caído diez lunas cuando la luz del atardecer acariciará las túnicas de nuestros primeros nazarenos el Miércoles Santo. La melancolía nace en el alma, pero esconde sus disimulos en algún repliegue de nuestro corazón. Empieza por tender trampas y acaba por abrazarnos como un castigo poco evitable. El tiempo se detendrá justo cuando la comitiva se eche a la calle; habrá sin duda una excelente vista aérea desde el “dron virtual divino”, donde se divisará nuestra Cofradía, cual proyección gráfica. Los nazarenos ya han conseguido hábito, capirote, cingulo de esparto y flamante túnica, como si les hiciera andar el discurrir de su infancia; ya ha sido el reparto de lugares y de las papeletas de sitio. Empieza ya la palabra a oler a incienso, se vislumbran capirotos en línea sobre la penumbra de las calles, se oyen tambores a lo lejos, nos quitamos la mácula de ceniza de nuestros dedos y nos preparamos para el ex-

traordinario acontecimiento.

Desde que se me encomendó la misión de presentar el Pregón de la Cofradía de los Estudiantes, no son pocos los que me han aconsejado cariñosamente que hablara desde el corazón. No son pocos, insisto, los que en algún momento me han dicho «tú simplemente, sé tú mismo». Después de agradecer tan sabias palabras, vengo aquí en comunión y a degustar el delicioso placer de tener la posibilidad de explicar mis sentimientos. Jamás le he dado la espalda a nada y si los órganos directivos que rigen esta Cofradía me hacen una petición, no obtendrán un no por respuesta; si se me pide ayuda y colaboración no la negaré; aquí está mi voz para lo que haga menester.

Para los que no me conozcan debo comenzar por decir que soy profesor de la Universidad de Almería, perteneciente a un Área de Conocimiento con 2 secciones: “Edafología y Química Agrícola”. Aunque alguno de vosotros quizás no conozca el origen del primer término, voy a aclarar que “edaphos” significa en griego “suelo” y es en este aspecto donde mi formación ha adquirido la mayor dimensión académica y en términos generales, es donde he asentado la formación y progresión. De forma aplicada, es la Erosión y Desertificación de Suelos la que ha marcado mi camino en

investigación. Respecto a la Segunda Sección indicada, la Química Agrícola, seguramente sea más sencilla de comprender para el público asistente y complementa esta extensa y apasionante disciplina. ¡¡ Quien me iba a decir que allá por el inicio de los años 90 mi dedicación sería luego aprovechable para 26 generaciones de estudiantes (almerienses en su mayoría), en el estudio de los suelos, la erosión, los fertilizantes y el abonado, y la acción de los plaguicidas !! Vaya, en la tierra de la Agricultura, por excelencia. ¿¿ Destino casual o designio del “de arriba”???. Me inclino por la segunda posibilidad.

Debemos recordar que ya antes de Jesucristo se hablaba de que el origen estaba basado en 4 elementos: agua, aire, fuego y tierra. Tales de Mileto propuso como el principio de todas las cosas el agua, después Anaxímedes, consideró el aire, Heráclito, el fuego y Jenófanes, la tierra; dice que la tierra es principio y fin de todas las cosas. Pero el mismo Aristóteles comentaba que ningún pensador había atribuido a la tierra el carácter de elemento primordial. No seremos los edafólogos los que desechemos esa teoría, pero desde luego no la compartimos. Para el gran pensador griego el “éter” es el 5º elemento (la quintaesencia), razonando que el fuego, la tierra, el agua y



el aire eran terrenales y corruptibles y que las estrellas no podían estar hechas de ninguno de estos elementos, sino de uno diferente, no cambiante y de una sustancia celestial. Bien, pues al estudio de uno de esos 4 elementos he dedicado gran parte de mi vida universitaria, intentando el máximo rigor académico.

Observando a mis mayores, siempre me pareció que su experiencia podría ser de innegable beneficio personal. Han sido ejemplo para aquéllos muchachos de ayer, hoy protagonistas activos de la Semana Santa, que nos acercan los desfiles procesionales con devoción; o para quienes simplemente siguen sus queridísimas imágenes desde las aceras de las callejuelas de barrio. Todos forman la gran familia de las hermandades y cofradías y como en cualquier familia,

mezclados de alegrías por los nuevos miembros, o de penas como las pérdidas irreparables, celebrando las primeras y recordando las segundas.

Cuando una persona recuerda sus primeros pasos, se tiende a retornar a la infancia, como referente inicial y muy posible condicionante a posteriori. Todo aprendizaje empieza en casa, con las enseñanzas del hogar y la mía no iba a ser menos. Mi madre, dando ejemplo en materia de educación, sumida en su trabajo y esfuerzo como ama de casa y modista, para completar los ingresos necesarios; mi padre, desde la seriedad, rectitud y disciplina, aprendidas cual joven al que con tan sólo 17 años le dan un fusil y marcha a una guerra fratricida, que me enseñó a ser responsable y respetuoso; y finalmente, mis hermanas, que abrieron los

caminos más difíciles por recorrer al ser el pequeño de la casa. El hogar es el lugar donde todos hemos aprendido a amar y a ser queridos y donde rezar antes del descanso nocturno se convertía en un hábito de obligado cumplimiento. En mi experiencia personal, debo consignar que mi hogar y la religión católica han ido totalmente de la mano.

Y la forja personal me devuelve al Barrio de la Catedral granadina, donde todavía resuena con fuerza esa mezcla de niños con balones de diversas calidades, golpeando de forma incesante las paredes de la Iglesia del Sagrario; si esas paredes pudiesen protestar, ya hubiésemos ido como mínimo al purgatorio; turistas sorprendidos de tanto bullicio y ambiente ya primaveral, de largas tardes, y un ir y venir de personas incesante. Re-



vivo con cierta nostalgia el tiempo de Cuaresma desde las aulas del Colegio de los HH Maristas, preparando los ejercicios espirituales, esperando con ansia la llegada del Viernes de Dolores, comienzo de las vacaciones de la primavera. Enseguida llegaba el Domingo de Ramos y la Borriquita, toda una corta semana, pero de intensidad máxima y por fin, el Domingo de Resurrección que nos traería la explosión de la Vida, la auténtica razón de nuestra Fe y nuestra Esperanza.

Ya en la adolescencia, recuerdo el miércoles de ceniza, luego la Semana Santa con sus procesiones, el incienso, la cera caliente de las diferentes cofradías, con la finalidad de obtener el maravilloso recuerdo de forma esférica y superficie granulada, con diversos colores al enfriar y solidificar.

Las imágenes de las distintas vírgenes “bajo palio de seda”, como cantara mi paisano Carlos Cano, esplendorosas de belleza; impresionante las del Jueves Santo en el Albayzín o la de Santa María de la Alhambra el Sábado Santo. Y las variadas y relucientes Imágenes, bien por el centro de la ciudad en La Borriquita (Domingo de Ramos) o el Cristo de los Gitanos por la periferia, en el barrio del Sacromonte (Miércoles Santo). Y siendo importante por mi formación integral cristiana ese recogimiento, recuerdo también la compañía del bocadillo, muy barato y de bodeguilla, e incluso algún encontronazo femenino, que también emocionaba al más pintado. Pero, eso sí, al llegar el encierro de las diferentes Cofradías, el respeto y recogimiento se acentuaba, como el canto solemne

de la Salve Marinera donde se erizaba el vello de la piel de forma contagiosa. Y es que toda esta suma de emociones siempre me ha hecho sentir la cercanía a esta celebración cristiana, concretada en la Cofradía de los Estudiantes. Y eso no es nuevo, pues en parte se lo debo a un cofrade ejemplar, Vicerrector de Estudiantes en la primera década de este siglo. Ya hace unos cuantos años de todo esto.

Pero todo lo dicho hasta aquí es una semblanza personal y religiosa, que hoy día tiene un punto común de encuentro en el Misterio de la Oración en el Huerto y la hermosísima Virgen del Amor y la Esperanza. Aquella solicitud de ingreso sólo vino a confirmar una relación de hecho y da formalidad a un sentimiento madurado a lo largo de los años. Así lo he sentido y así



me lo habéis hecho sentir siempre. “Muchas gracias cofrades, por la acogida y el tratamiento dispensado”.

Para apoyar las bases de este Pregón resalto cuatro situaciones, más que conocidas. Son, de delantera a trasera: la Cruz de Guía, la Oración en el Huerto, el Cortejo de Profesores y desde luego, la Virgen del Amor y la Esperanza.

Cuando minutos antes de las 8 veo delante de mí a la Cruz de Guía, mi mente se desplaza inexorablemente a “otras guías” de mi trayectoria en el ámbito católico. Tengo que referirme a los religiosos que he tenido más cerca, a mis Hermanos Maristas de la infancia y adolescencia. Entre los 6 y los 17 años se marcan casi todas las tendencias que a uno luego le llevan por la vida; religiosos docentes, con más o menos conocimientos, pero de labor formadora innegable, en valores fundamentalmente. Sólo tengo buenas palabras para ellos, así que siento mucho no poder decir lo que ahora se ha convertido en un “mantra”, como ya se llevó en el primer tercio del siglo XX: “sus maldades”... que parecen volver a ser hoy día frases políticamente correctas por ciertos sectores. Los pecados de una minoría no pueden manchar la buena labor de tantos hombres y mujeres que invierten su vida ayudando a los demás. Y lo digo desde la experiencia de haberlos visto actuar

en difíciles situaciones, como episodios de violencia o drogadicción. Todas estas personas y otras muchas que casi supondrían una infinita relación, con sus virtudes inigualables, han supuesto mi Cruz de Guía. Ante el estandarte universitario que he llevado estos 4 años con todo orgullo, quiero mostrar mi reconocimiento y admiración. Porque tal y como dice el lema universitario: In Lumine Sapientia, en la luz está la sabiduría. Y la luz, sin duda, la da esta hermosa provincia y sus gentes.

La representación de la agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos confortado por su Ángel, supone el segundo enclave de esta travesía. Está arrodillado y eleva ligeramente la cabeza al cielo. Implora, pero sabe que no habrá otra opción. Es ejemplo de que a lo largo de nuestras vidas tendremos situaciones de dificultad que nos afectarán en mayor o menor medida, situaciones en las que poco o nada hay por hacer; las soluciones, si las hay, no estarán en nuestras manos. La comprobación del sufrimiento de las personas queridas y carecer de los medios de ayuda necesarios, trasmite pura impotencia. Es entonces cuando aún nos quedan 3 verbos a los que agarrarnos: creer, esperar y rezar; creer en Dios y en los profesionales responsables, esperar con la ilusión de cambiar la sociedad dentro de nuestras

posibilidades y rezar, que la oración nos reconfortará. Así entendemos que sentía nuestro Señor Jesús en el Huerto, con la confianza en su Padre, perjudicado hasta el límite por nuestro egoísmo máximo.

A mi espalda y con simulada satisfacción, observo el viraje del Cristo del Huerto de los Olivos hacia la calle Granero, recogiendo las miradas atónitas y desparramadas de los almerienses fervorosos. Y la fachada de este maravilloso Convento de la Comunidad de Religiosas Concepcionistas Franciscanas (Las Puras), que espera sigilosa nuestro paso, hacia el largo camino nocturno, aún por recorrer. Y el Templo va quedando lejos, esperando el anochecer y sus madrugadas atadas a la memoria. Las horas de procesión acompañando al Misterio son especiales y te marcan para siempre. El recogimiento, la paz, la alegría, son emociones que cada noche de Miércoles Santo aparecen y el sentimiento de hermandad se hace más grande y hermoso.

Muy próximos tanto al Misterio como al paso de la Virgen desfilan los profesores, revestidos del ceremonial traje académico: la toga es el único elemento que no varía ni en el color ni en la forma, orlada por las correspondientes puñetas; la muceta es una esclavina abotonada por delante, con el porta-pergamino como



capucha trasera, pieza que la tradición identifica con el lugar donde alojar el Título Universitario; el birrete, extraño gorro con forma de prisma hexagonal, borla con los flecos del color de la muceta; pajarita blanca de gala; guantes blancos como símbolo de pureza y el anillo, sello para lacrar los dictámenes profesionales, símbolo de nuestra unión con la propia Ciencia. Y en el pecho lucimos orgullosos la Medalla de la Cofradía, como demostración externa de integración con esta comunidad. Como ornamento procesional llevamos en la mano el báculo de la Hermandad ennoblecido por las insignias de la Universidad a Distancia y de la Universidad de Almería. Los profesores de la Escuela Superior de Ingeniería desfilan togados de marrón (ya sean de Agronomía, Informática o de Industriales); las mucetas de los profesores de Derecho destacan por su rojo intenso; para los de Farmacia, el morado y Veterinaria viste el verde. Todos tienen su color característico: para Ciencias de la Educación, el verde claro, mientras Enfermería desfila de gris medio. Desde la Facultad de Humanidades visten de azul celeste y los de Ciencias Experimentales (Físicos, Geólogos, Matemáticos, Químicos, Biólogos y Ambientólogos) de azul Prusia. Por último, la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales,

siempre ha destacado sobremanera en la procesión con su naranja intenso.

Pero todo este mensaje de colores y cultura no debe ser contradictorio con la fe. Y nos preguntamos ¿Es posible la conciliación de fe y cultura? Este binomio nos lo aclaró el Santo Padre en octubre de 2007: “Hoy están en juego las exigencias fundamentales de la dignidad de la persona humana, de su vida, de la institución familiar, de la justicia, del ordenamiento social, es decir, los derechos fundamentales del ser humano, ninguna ley hecha por los hombres puede alterar la norma escrita por el Creador en el corazón humano sin que la base irrenunciable de la misma sociedad sea dramáticamente dañada”. ¿Cómo se ha podido llegar a esto? En resumen, puede decirse que en el ambiente cultural en el que vivimos se ha consumado una clara separación entre la fe y la razón. Basándose en el modelo de las ciencias empíricas, que resultan su parámetro y criterio, desconsiderada la dimensión metafísica, se quiere negar la capacidad de la razón humana para conocer la verdad, reduciendo y limitando la racionalidad a lo inmediato, útil y funcional. “Sin el hombre no hay cultura y sin la cultura no hay hombre” y éste se puede precipitar hacia posiciones que pueden ser fatales para la civilización. La Cofradía

debe buscar la síntesis con la cultura como exigencia de la fe. Como consecuencia de esta dualidad, los cofrades tenemos que hacernos presentes, hoy más que nunca, sin complejos ni temores, en el mundo de la ciencia y la cultura.

Y para terminar llegamos al 4º enclave: La Virgen del Amor y la Esperanza. Cuando Jesús con cara angustiada, atraviesa el dintel del portón de la Catedral y es recibido por la multitud, suena el llamador del paso del Trono de la Virgen. Se puede cortar la tensión con un cuchillo. A todos se nos hincha el pecho. Los del manto, los de los laterales y el frontal, que parece que se van a comer el mundo. Tras centrar el Paso, sale por fin nuestra Virgen. Se deja ir y desata, de callada manera, todo lo que se ha ido guardando durante el año. Ya está en la calle, y resuena el Esperanza, guapa, Esperanza, guapa y Esperanza, guapa, guapa y guapa. Y ya no hay quien la pare. Con el Himno Nacional de fondo y entre piropos incontenibles, se vive la expresión de lo que se siente por la Virgen; su manto verde envuelve las noches del Miércoles Santo y nos protege, llenando de alegría y cariño a esta tierra y sus gentes. La acompaña un coro de hombres de trono que responden a sus vivas y empujan con sabiduría a nuestra Titular, que ya avanza con paso firme y sereno.